

“Veinticinco años de Miguel Espinosa”

José Luis Martínez Valero

El escritor y su paisaje (Rutas literarias y didácticas), Consejería de Educación,
Formación y Empleo, 2009

Con el tiempo nuestros muertos se van haciendo transparentes y, a su través, descubrimos un mundo, quizá más extenso, pero no tan intenso como el que fue, cuando nos acompañaron. Un mundo, donde ahora crece el silencio en forma de vacío y se instala en el recuerdo, como esas plantas que, por impulso de la naturaleza sin que nadie las cultive, aparecen cada primavera, con más color si las lluvias han sido abundantes.

El día uno de abril, se cumplen veinticinco años de la muerte de Miguel Espinosa, no de su desaparición, porque él quiso quedar en sus escritos y, a su voluntad de hombre se unió su voluntad de estilo, esa otra permanencia que supera el tiempo al que nos ajusta la vida.

Tiene el estilo de Miguel una peculiaridad: en lo mínimo lo máximo, porque aspira a ser palabra de todos. Si lo comparamos con la imagen, podría decirse que no le tienta el temblor lírico de la acuarela, ni la profundidad del óleo, tiende a la luz y a la sombra, consustanciales en el grabado, al proceso misterioso del aguafuerte.

Miguel, como Dante, recorrió ese camino del que nunca se vuelve, aunque estuviese con nosotros, y descendió al singular infierno de la vida española, y en él supo de la convivencia que estimó como el mayor de los males. Había descubierto que infierno y gloria son para el escritor una misma cosa, pues su misión es dar cuenta por su palabra de lo que ha visto, y encontró en ella el único espacio donde es posible la esperanza, porque para el que escribe no hay otra experiencia. Trató de hallar ese estado de gracia donde todo puede ser dicho, y lo logró

Sus textos pulsan casi todos los géneros y, en todos, la densidad de su pensamiento, la excelencia de su exposición, ha dado lugar a que la crítica estime el ensayo como la raíz en la que se asientan. Si el ensayo consiste en la búsqueda de la voz frente al eco, sus obras son ensayo.

Claro que, también podría ser la poesía, si es en ella donde celebramos el encuentro con lo originario, pues por Miguel asistimos a ese instante en el que las cosas pierden su mudez y alcanzan el logos.

Sin embargo, lo que dice, siempre lo pone en boca de alguien, situado en un contexto concreto, esto es, arrojado a la sociedad y, sus personajes, víctimas o verdugos, mantienen plena lucidez, nunca son presa de la irracionalidad. Esta conflictividad con el medio garantiza la narración.

A veces, su voz se hace privada y se expone como correspondencia, cierra así el ciclo que en Murcia comenzó con Juan Guerrero Ruiz, Ramón Gaya, y Carlos Ruiz- Funes.

Su primera obra publicada fue *Reflexiones sobre Norteamérica*, 1957, en la Revista de Occidente, bajo el título Las grandes etapas de la historia americana, ensayo sobre la aparición de ese país. Así se inicia este libro: La Historia comienza cuando un día sucede a otro día, es decir, cuando el hombre se revela como animal de memoria. En la escala que va de la materia al espíritu no hay otro ser de memoria que la persona humana; por eso no existe tampoco otro ente de sustancia histórica...

Durante los años sesenta compone *Asklepios*, edición póstuma de 1985, libro en el que se narra la historia de un hombre exiliado en el tiempo y el espacio, donde asistimos a la formación del escritor, al asombro como condición y a la necesidad de decir con verdad y belleza. Estas son sus primeras palabras:

Me llamo Asklepios, y de tarde en tarde tomo la pluma para confesarme, lo cual hago por cumplir la necesidad de experimentarme verdadero, como ordenó Demócrito.

Amo la comparecencia de todas las cosas, grandes y pequeñas, en la Tierra, entre la Tierra y el Sol, y más allá del Sol, existentes. Busco lo originario, y detesto indagar el fin de cuanto está ahí y permanece, bastando a mi razón el postulado que muestra el hecho...

Sucede después, *Escuela de Mandarines*, 1974, premio Ciudad de Barcelona, obra de madurez, elaborada durante dieciocho años, de la que se conserva una primera versión

titulada *Historia del Eremita*. Libro complejo, en el que están presentes los distintos géneros, trata de un hombre que se ve impulsado a denunciar todo tipo de opresión y a decir la verdad, muchos han visto en él una denuncia de la corrupción del poder, algunos al hombre debatiéndose entre la necesidad y la verdad, todos, que este mundo se sostiene por la complejidad del lenguaje. Comienza con estas palabras:

Hace milenios de milenios existía un famoso Estado, llamado Feliz Gobernación, aunque, en verdad, la dicha sólo pertenecía a unos pocos, como descubrirá quien prosiga leyendo...

Y llegamos a *La tríbada falsaria*, 1980, y *La tríbada confusa*, 1984, hasta dar con *Tríbada, Theologiae Tractatus*, 1987, donde se presentan en edición conjunta tal como había sido voluntad de su autor. Trata de un estudio de almas, presentadas en su misma ultimidad. El suceso que origina la obra es este: Damiana abandona a Daniel, su amante, y lo sustituye por Lucía. El hecho lésbico tiene sólo un valor coyuntural, lo que importa es el vacío, la persona vaciada y convertida en máscara, en mimo de sí misma. Leamos:

“No creo en Dios”-dice Damiana Palacios, boticaria de cuarenta años. Y habla sin gravedad, entusiasmo ni arrojito. Más que la expresión de una convicción, la afirmación revela una manera de estar en el mundo; equivale a manifestar: “La cuestión de la existencia divina no me interesa”.

Su último texto publicado, *La fea burguesía*, Alfaguara, 1990, muestra una sociedad en la que el misterio, la divinidad, lo particular, el lirismo, están ausentes. El protagonista, Godínez, triste empleadillo, revela su asombro ante una sociedad en la que la cantidad sucede como calidad. Elijo este texto:

Dentro de unas horas Mariano hablará de sus obras, y yo asentiré; brindaré por ellas, abismado en la fe. ¡Nunca nos vencerás, Godínez, con tus libros!, pues habitamos un

mundo que no puedes pisar la irrealidad de lo que somos y la realidad de lo que bebemos, comemos y gozamos. Busca esta noche el restaurante más famoso de la ciudad, mira tras las ventanas, si te dejan, y me hallarás sentado con el ilustre, ante una mesa de flores, al tiempo que la mano del camarero sirve con lentitud un vino rosado. Y si alguna vez devinieras famoso, ofrecería otro homenaje a Mariano, como especialista en tu obra; empero, no te permitiría asomar siquiera la nariz. ¿Habría yo de cenar contigo? Y ¿para qué?, dime: ¿para qué?

Desde *Asklepios* a *La fea burguesía*, Miguel Espinosa es el mismo, una voz diferente, que se esfuerza por volver a unir pensamiento y poesía. Espinosa interpretó el mundo, la obra es su visión, por ello la enigmática claridad que sus escritos emanan. El lector se ve sorprendido porque descubre que estas páginas pueden llegar a ser la crónica perfecta de su tiempo y como muestran al hombre en su desnudez, sostenido por su palabra, es trasladado a la actualidad de lo clásico.

Ocurre que los sucesos y los lugares se han transformado en símbolo, o en mito, como gustaba de decir Miguel. Y todo mito, conviene recordar, es superior al conjunto de las interpretaciones. Narración para Espinosa equivalía a alumbramiento.

Han pasado veinticinco años, *La fea burguesía*, ha sido traducida al holandés y al serbocroata, *Tríbada*, al francés y, muy pronto, aparecerá *Escuela de mandarines* en ruso. Sus ediciones en España se han multiplicado. Miguel, transparente, desde alguna parte sonríe.